

preparémonos para contemplarles en su día, con toda la gratitud de hijos predilectos. Y ahora celebremos con alegría este santo tiempo; estos son días de gozo, de paz y de felicidad. ¡Ojalá que, sabiendo aprovecharnos de él, consigamos la verdadera alegría, paz y felicidad en el cielo!—AMEN.

PLÁTICA FAMILIAR Ó PRIVADA

SOBRE

LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,

DICHA

AL SEMINARIO CONCILIAR DE CÁDIZ.

~~~~~

*Et Verbum caro factum est.*

Joann., cap. 1.º, v. 14.

SEÑORES SUPERIORES Y PROFESORES; AMADOS SEMINARISTAS: La solemnidad del día y la piadosa y constante práctica observada en esta casa, me proporcionan hoy el honor y la satisfacción de ocupar este lugar santo, en medio de vosotros, y con el objeto que os es conocido. La Iglesia nuestra Madre celebra el natalicio de nuestro divino Salvador Jesucristo, y nosotros, al paso que participamos del grande gozo que la inunda, debemos también poseernos de su espíritu. Hé aquí mi objeto.

Ya os dije en la plática anterior que admitimos y confesamos en Jesucristo tres nacimientos: el eterno en el seno del Padre, el temporal en Belen, cuando llegado hubo la plenitud de los tiempos, y el nacimiento espiritual en nuestras almas. Y ocupándome entonces sólo del primero, expuse brevemente, sin separarme del sentir unánime de los padres y doctores católicos, aquellas tan sublimes palabras del Evangelio de San Juan: *In principio erat Verbum*. Hoy debo ocuparme del segundo, tomando por base y guía aquellas otras palabras, no menos profundas, del mismo Evangelio: *Et verbum caro factum est*.

Difícilmente hallareis hoy, amados míos, alguno que niegue la realidad del nacimiento temporal de Jesucristo, considerado como un hecho histórico. No sólo la Iglesia católica, sino las sectas todas que se llaman á sí mismas cristianas, se fundan en este hecho. Pero no convienen todos en las notabilísimas condiciones de este prodigioso natalicio temporal ó, mejor dicho, grandes, profundos misterios que le acompañan, y que al paso que arrebatan toda nuestra admiración, nos ofrecen materia de continua meditación y de la más tierna gratitud.

Por tanto, no me ocuparé apenas del hecho material, sino de los grandes misterios que le acompañan, siguiendo así el espíritu de la santa Iglesia. De este modo, admirando la sabiduría de nuestro Dios, confundiremos la vanidad y soberbia de los herejes, y fortaleceremos más y más nuestra fé.—AVE MARÍA.

*Et Verbum caro factum est.*  
Joann., cap. 1.º, v. 14.

Dando por supuestas la caída del primer hombre, que arrastró en su desgracia á su mísera posteridad, verdad de fé y además histórica, y la bondad del Señor, ofreciéndole desde luego un Redentor, una gran dificultad surge de la misma promesa de Dios, dificultad que sólo Dios pudo vencer. Este Mediador debía ser hombre, para que pudiera sufrir, y debía ser Dios para que sus humanos sufrimientos se elevasen hasta el estado de poder aplacar á la justicia infinita. Y hé aquí toda la admirable economía del misterio del nacimiento temporal de Jesucristo.

El Verbo Eterno, por tanto, si habia de ser nuestro Salvador y verdadero Mediador ante la severa justicia del Dios ofendido, debía vestirse de la naturaleza humana. Debía hacerse hombre, tomando verdadera carne y verdadera alma humanas, y esto es lo que hizo en el exceso de su amor al hombre, segun el testimonio de San Juan: *Et Verbum caro factum est*.

Ved aquí condenados desde luego multitud de errores que produjo en los primeros siglos la soberbia de nuestra razón.

Cerdonio, casi en el tiempo mismo de los apósto-

les, apoyándose en aquellas palabras de San Pablo «el segundo hombre, venido del cielo, tendría un cuerpo celeste:» *Secundus homo de caelo caelestis* <sup>1</sup>, decía: «que el cuerpo de Jesucristo era de una materia celestial, desconocida para nosotros, pero de ningún modo carnal y terrena.»

Los maniqueos y los marcionitas, cuyos errores se propagaban en tiempo de San Policarpo, predicaban que el cuerpo de Jesucristo no era un cuerpo real, sino fantástico, y de ellos Juliano y Justiniano dijeron que era un cuerpo impasible.

Más adelante, Eutiques, dijo que la carne se había convertido y transformado en la sustancia misma del Verbo.

Ebion, Cerinto, Teodosio, Pablo Samosateno, Forino y otros, predicaron que Cristo no era sino un puro hombre.

Pues todos estos errores quedan condenados, y confundidos sus propagadores, al decirnos San Juan que el Verbo se hizo carne: *Verbum caro factum est*.

Y notad de paso, amados míos, cuánta es la pequeñez de nuestra razón, ó tal vez con más propiedad, su obstinada soberbia. Si el cuerpo de Jesucristo era un cuerpo fantástico, ó un cuerpo celestial, ó un cuerpo absorbido por la sustancia divina del Verbo, ¿luego Jesucristo no tuvo la naturaleza humana? Y en este caso, ¿cómo pudo ser nuestro Sal-

1 1.<sup>a</sup> ad Corinth., 15.

vador? ¿Qué parte tendríamos en sus sacrificios y sufrimientos? «Si Dios, dice el Padre San Agustín, no se hubiese hecho hombre, no podría haber sido el libertador del hombre:» *Nisi Deus esset homo, non liberaretur homo*.

Pero el Verbo de Dios, si había de ser nuestro Salvador, debió tomar también un alma humana que le constituyera un verdadero hombre, porque la carne considerada en sí misma, separada del alma, no es el hombre. Así se deduce de la misma locución de San Juan, porque lo contrario sería un absurdo, y porque en el lenguaje bíblico es muy común tomar la carne por el hombre todo: «Verá toda la carne, dice Isaías <sup>1</sup>, la salud de Dios, esto es, todo hombre,» y el Santo Rey en uno de sus Salmos <sup>2</sup>: «A tí, Señor, vendrá toda carne.»

Mas hasta aquí, amados míos, no hay dificultad. Preciso era que ese Dios de amor, constituido nuestro fiador para con el Padre, responsable ante la eterna justicia, gravemente ofendida por el pecado del hombre, preciso era, repito, que se humillase á la condición de hombre, vistiendo su misma naturaleza humana; pero ¿cómo esto pudo verificarse? ¿Cómo unir estos dos extremos tan distantes entre sí? ¡La divinidad con la humanidad, Dios con el hombre! Este misterio, señores, es para vosotros tan incomprendible como para mí, y como para la elevada in-

1 Cap. 40.

2 Psm. 144.

teligencia de los serafines, y ante él no hay sino exclamar con el apóstol: *O altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei!*<sup>1</sup> Yo sólo podré deciros con todo el convencimiento infalible de mi fé, que el Verbo eterno se dignó vestir nuestra miserable naturaleza humana, y podré tambien exponeros cuanto en este punto alcanza la ciencia teológica. Continuadme vuestra atencion.

La union de ambas naturalezas en Jesucristo, llámase por los teólogos union hipostática ó personal, y puede definirse de este modo: «es aquella union admirable y prodigiosa, mediante la cual, las dos naturalezas, divina y humana, íntegras, sin confundirse, sin mezclarse é infundirse la una en la otra, y conservando cada una sus propiedades y operaciones, subsisten en la sola Persona del Verbo.» De donde se sigue:

Primero. Que esta union se verifica en la Persona, constituyendo una subsistencia ó personalidad, supuesto ó sugeto. Segundo. Que existiendo con anterioridad la Persona del Verbo á la union ó asuncion de la naturaleza humana, esta no concurre como parte integrante ó constitutiva de la Persona, que de suyo es simplicísima. Tercero. Que la Persona del Verbo no está unida á la naturaleza humana como el accidente al sugeto, sino por via de término, por cuanto de dicha union resulta una sola persona.

1 Ad Rom. 6.º

Cuarto. Tal y tan estrecha es esta union del Verbo con nuestra naturaleza humana que, á pesar de permanecer ambas naturalezas realmente en sí distintas é inconfusas, no pueden separarse ni aun concebirse separables, sino por acto del entendimiento. Y como término, resultan, señores, estas tres verdades de fé católica.

La primera es la unidad de persona en Jesucristo, y de aquí su divina filiacion, siendo por tanto verdadero Hijo de Dios y Dios-Hombre.

La segunda es la integridad de ambas naturalezas, aunque inconfusas é inseparables.

La tercera es la conservacion en cada naturaleza de sus propiedades y operaciones naturales.

La primera verdad fué definida contra el patriarca de Constantinopla, Nestorio, en los concilios de Efeso y Constantinopolitano 2.º; la segunda contra Eutiques y sus secuaces, en el concilio de Calcedonia, y la tercera, contra Atanasio, patriarca de los jacobitas, Sergio de Constantinopla y Ciro de Alejandría en el concilio Constantinopolitano 3.º

Hé aquí la doctrina católica sobre un punto tan esencial de nuestra creencia, y ved confirmadas las palabras citadas de San Juan. El Verbo eterno se hizo carne, entendiéndose por esta palabra el hombre perfecto, con su cuerpo orgánico, con su alma inteligente, racional, humana. Y ved cómo este gran prodigio se verificó, segun nos lo enseña nuestra santa Madre la Iglesia católica.

Llenaos, pues, de una santa alegría, y digámonos á nosotros mismos aquellas palabras que dirigió el ángel á los pastores: «os anuncio un grande gozo, que os ha nacido un Salvador.» Alegría, paz, felicidad, gozo espiritual en esta vida y despues en la otra por los siglos de los siglos.—AMEN.

## SERMON

DE LA

### NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

---

*Natus est vobis hodie Salva-  
tor: et hoc vobis signum: inve-  
nietis infantem pannis involu-  
tum, et positum in præsepio.*

Luc., cap. 2.º, w. 11 et 12.

CUMPLIÉRONSE los tiempos: abrió al fin sus entrañas la tierra y produjo aquel privilegiado vástago de la casa de David, al esperado de Jacob, al anunciado por los profetas, al deseado de los patriarcas, al engrandecido por las sibilas, al Monarca victorioso que habia de reducir á polvo los tronos de los reyes, al Príncipe de la paz, en cuya presencia caerá el muro de division que separa las naciones. Y no habrá ya sino Israel y Judá, y todos los pueblos sujetos á una misma ley, no formarán ya más que un sólo pueblo.